

Madrid Cómico

AÑO I.

25 DE ABRIL DE 1880.

NUM. 17.

ESCRITORES CÉLEBRES — POR LUQUE.

ALARCON

SUMARIO.

TEXTO: De todo un poco, por Constantino Gil.—Siempre, por Antonio F. Grilo.—Juego de compadres, por Manuel del Palacio.—Hablar claro, por José Estremera.—Al pié de Élia, por Carlos Coello.—A mi vecino, por Alfredo de Mazarredo.—La censura de teatros, por Ricardo de la Vega.—Pepito Gorron, por Vital Aza.—Chismes y cuentos.—Soluciones.—Charadas.—Fuga de consonantes.—Agencia matrimonial.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Escritores célebres (Alarcon). Sobre la pista, Ancóral. La despedida, En la calle, Apuntese Vd. siete y Problema, por Luque.

DE TODO UN POCO.

Llego á Madrid cuando la semana toca á su término.

Sobre la mesa de mi despacho,—porque yo tengo en mi casa un cuarto al que llamo despacho, aunque á nadie he despachado todavía;—me encuentro con *El tren directo*.

Yo creía haberlo dejado en la estacion, pero por lo visto no es así; sólo que este tren que, se halla sobre mi mesa, está formado de papel elegantemente impreso, y es una novela escrita por Ortega Munilla.

Decía D. Antonio Alcalá Galiano, una noche, hablando de Buffon, que era escritor tan elegante y atildado, que bastaba abrir cualquiera de sus obras, para encontrar en seguida entre sus páginas. las vueltas de encaje de los puños de su casaca, y el lazo de su corbata.



Sólo por ser trovador
en África fué soldado.
Después ha sido el autor
de *El Escándalo* mayor
que en toda España se ha dado.

Pues bien; de Ortega Munilla puede decirse otro tanto. La arquitectura de su prosa, por decirlo así, es una malla finísima que se retuerce en caprichosas ondulaciones, por entre las que aparecen los pensamientos más delicados y más profundos, que es posible imaginar. Parece que escribe á la vez con multitud de plumas, labradas en metales riquísimos y piedras preciosas; que, va cogiendo alternativamente, y fijando sobre el papel, según quiere que la frase brille con los resplandores del diamante, la melancólica palidez de la plata, ó las ruborosas titilaciones del rubí.

Después, sin duda, tiene á mano en vez de salvadera, un precioso búcaro, donde á modo de arenilla, guarda finísimo polvo de hojas secas de todas las flores del mundo; y cuando ha terminado su trabajo, lo vuelca graciosamente sobre las letras que, saltan y se disputan todos aquellos aromas y perfumes, que después aspira el lector, sin adivinar la causa.

No puedo analizar la novela porque no tengo espacio para hacerlo; sólo diré de su autor que, hace, tiempo va en *tren directo* por el camino de la gloria.

Mientras pregunto lo que ha pasado en Madrid durante mi ausencia, voy á contar á Vds. algo de lo que á mi me ha sucedido.

Fui al telégrafo, con objeto de poner un parte, diciendo que me habían obsequiado mucho; y una de las frases del telegrama era la siguiente: «Almorzado opíparamente.»

—Caballero, me dijo el telegrafista, no está permitido formar una palabra con cuatro; por lo tanto, sobran palabras.

—No entiendo lo que Vd. quiere decirme, le repliqué.

—Pues es bien sencillo, exclamó. *Opíparamente*, son cuatro palabras. *O pí para y mente*.

—Tiene Vd. razón, le dije, por no cuestionar. Ponga Vd. en vez de eso, «Almuerzo suculento».

—¡Caballero! volvió á exclamar el telegrafista; Vd., no se enmienda. *Suculento* son dos palabras. *Su y culento*. La primera, pase, pero la segunda, ni siquiera la encuentro decente.

—Vd. dispense, le dije. Y si le parece á Vd., añadi, pondremos «almuerzo bárbaro».

—El bárbaro lo será Vd., me contestó muy indignado.

—No señor, le respondí humildemente; no lo soy, y procuraré no serlo en mi vida.

—Pues entonces ¿quién es el bárbaro?

—El almuerzo, repuse; por supuesto, si á Vd. le parece.

—Sí, señor, me contestó, por ahí debía Vd. haber empezado.

Entre los viajeros que han llegado conmigo, venia un *antiquario*, que me ha enseñado entre otros objetos que ha adquirido recientemente, la bota en que bebía Haco los días de fiesta; unas cuantas vértebras de la serpiente del Paraíso terrenal, la llave del arca de Noé, y la copa en que bebió Sócrates la cicuta; la cual,—la copa,—según he podido ver, y publico para conocimiento de los numismáticos, es auténtica, como que procede de la fábrica de cristales de la Granja, aunque no se sabe el año por hallarse borrado.

También ha venido conmigo un caballero, que podría denominarse, el caballero de las tres almohadas. Me expli-

caré. Entró en el coche, llevando en la mano una almohada, sobre la que se sentó. Al anochecer volví á mirarle; tenia las piernas y la mitad del cuerpo tapados con una gran manta; pero, bajo sus piés, asomaba la guarnición de otra almohada. Y van dos, exclamé, poniéndome á dormir. Al despertarme, dormia el viajero de que hablo, apoyando su cabeza sobre otra gran almohada.

Las otras dos, no podía verlas, por hallarse completamente envuelto en la manta.

Cuando despertó, no pude ménos de decirle:—Amigo mío, Vd. lo entiende, se ha traído Vd. tres almohaditas; una para la cabeza, otra para sentarse y otra para apoyar los piés.

—No señor, me contestó sencillamente, es la misma, Sólo que la varío de sitio.

Otras viajeras han llegado conmigo; pero tan frescas, tan sonrosadas, tan hermosas, que después de tomar el chocolate, me he comido unas cuantas.

Me refiero á las fresas; esas pequeñas cuentas de coral, tierno todavía, esas gotas de la sangre de la tierra, que aún no he podido averiguar si son una fruta ó una flor, porque me deleitan tanto por el aroma que despiden, cuando las huelo, como por la sensación que dejan en mi paladar, cuando las como.

Un amigo mío dice que, cuando está constipado, no las prueba, porque, según afirma, deben saborearse dos veces; primero con las narices, y luego con los dientes.

Yo, por mi parte, lo que sé decir, es que siempre que veo una mujer bonita comiendo fresas, me dan ganas de impedirselo, porque me parece que se está comiendo sus propios lábios.

Voy al teatro de la Comedia, y veo al actor Cereza con el brazo en cabestrillo.

—¿Qué le ha sucedido? le pregunto á un caballero que está á mi lado.

—Pues nada, me responde, una cosa muy natural; que se pinchó con un alfiler que llevaba la Marini la noche que se puso en escena *La dama de las Camelias*, y como la obra es tan inmoral, se le ha enconado.

Me encuentro en la calle á un amigo, en el momento en que pasa la comitiva que, conduce los restos de Calderón de la Barca, á su nuevo domicilio. Todas las clases de la sociedad van representadas en ella. La ceremonia es solemne. Mi amigo me pregunta, si el muerto fué algun navegante, que dió la vuelta al mundo en una *barca*. Le ilustro un poco, y al despedirse de mí me dice:—Oye: ¿sabrias de algun cuarto desalquilado, porque voy buscando casa?

—Sí, le respondo, en el cementerio de San Nicolás ha dejado un cuarto ese caballero que acaba de pasar; pero para tí es demasiado grande.

Ya lo sabeis, *gomosos*: en París va á adoptarse el frac encarnado, con objeto de que, los señores, se distingan en algo de los criados. La innovación es oportuna, porque llevando todos, como hasta aquí, el frac del mismo color, apenas si se diferencian en nada.

Vico ha tenido tambien su beneficio, como era de rigor. Ha recibido multitud de regalos, como era natural, y muchísimos aplausos, como es justo. Blasco nos ha dado *El último adiós*, y nos ha hecho llorar como Magdalenas, más ó ménos arrepentidas. Despues de todo, habiéndonos hecho llorar de risa tantas veces, casi teníamos derecho á que nos hiciera llorar una vez en sério.

¡Ah! se me olvidaba; Blasco, aunque ha escrito un drama, no es médico.

Digo esto, porque como ahora los médicos van resultando poetas, bien podía algun poeta ir resultando médico. Sin ir más lejos, anoche llegué á una casa, y me encontré en la sala á Nuñez de Arce, Zorrilla, Velarde y Grilo.

—¡Hola! le dije al dueño, ¿tenemos lectura de poesías? ¡Cuánto me alegro!

—No señor, me respondió, enjugándose una lágrima, es que tenemos al niño muy malito con sarampion, y he llamado á estos señores para celebrar junta.

Constantino Gil

SIEMPRE.

En vano luchas; con su férrea mano
Enlazó nuestras almas el destino:
No pretendas, en vano,
¡Separarte jamás de mi camino!
Ya finjas nubes ó tristezas cantes
Firme en mi anhelo tu rigor provocho;
Y mientras más soberbia te levantes
Caerás más débil de tu empeño loco.
Sóla, temblando como tiembla el niño,
En lucha ardiente perderás la calma;
Cada obstáculo puesto á mi cariño
¡Es un paso que das hasta mi alma!
¡¡¡Qué importa que cansados batallamos
Si ya el vértigo agobia nuestra frente,
Si ya ninguno de los dos podemos
Retroceder en la fatal pendiente!!!

¡La nube que lanzada
Allá en lo inmenso del espacio flota
Es por la fuerza superior llevada
Del huracan que su melena azota!
¡La onda ligera que temblando espira
En la extension del piélagos bravío,
Su seno azul despedazado mira
Al estrellarse en el peñon sombrío!

.....

Si así acatan la ley de su destino
La errante nube y la potente ola,
¿Qué harán dos almas en su amor divino?
¡Enlazarse; fundirse en una sola.....
Y bendecir á Dios en su camino!!!

Antonio Gil

JUEGO DE COMPADRES.

No la he visto desde ayer
Y esto ya de burla pasa;
¿Dónde estará esa mujer
Que casi nunca está en casa?
Perdida no puede andar
Pues sabe ya hasta el más bolo
Que ella se pierde tan sólo
Cuando la van á encontrar.
Por ver si más no me embroma
Me fui á la Comedia un rato,
Pues sé le gusta el idioma
Como ella dice, del Tato.
Mas ni allí, ni en el Real,
Ni en Eslava, ni en Martín,
Hallé remedio á mi mal
Ni tuvo mi angustia fin.
Y yo no vivo sin ella,
La idolatro y se acabó,
Que podrá haberla más bella
Pero más gitana, no.
Sé que la gente murmura,
Sé que me dará que hacer,
Pero verla es mi ventura,
Y adorarla mi placer:
Porque, pese á sus desdenes,
Y á mi genio destructor,
Y á lo amiga de belenes
Que quiso hacerla el Señor,
¿No la he de tener cariño
Si hoy hace un año cabal
Tuvimos juntos un niño
En la pila bautismal?

Manuel del Palacio

HABLAR CLARO.

Lola tenía cuatro cosas: tres pretendientes y una gana de casarse como un templo.

Los pretendientes eran: Primero: Rafael, jóven rico, de una familia tan noble que tenia un escudo de armas con tres raposas y cuatro garras, emblemas acaso del origen de su fortuna. Era concurrente al tiro de pichon, tenia caballos de carrera y era lo único de carrera que tenia, y pertenecía á la sociedad protectora de animalés, en donde se le habia admitido en clase de protector, gracias á las influencias y recomendaciones de sus amigos. No tenia noticia de más notabilidades históricas que de Gládiator, Trovador y tal cual otro caballo. Con estas condiciones, ¿qué mujer le hubiera despreciado? Ninguna, mucho más siendo, como era, lo que se llama un guapo chico, tan atildado y cuidadoso de su persona que jamás se supo de él que llevara un pelo más á un lado de la raya que al otro.

El segundo era Antonio, que aunque no tenia un real, era un real mozo, de imaginacion viva, de ingenio agudo y que hacia las delicias de todo el que tenia la fortuna de tratarle.

El tercero.... ¡válgame Dios y qué desgraciado era el tercero, así de alma como de cuerpo! Patizambo, semi-tuerto y desnarigado.... por él se escribió sin duda el famoso epigrama de

«¿Veis esa repugnante criatura....»

SOBRE LA PISTA — POR LUQUE.



Allí está: me voy tras ella.
Qué bonito tiene el pie:
pero, la botita aquella
no es la que le regalé.

Era tan pobre, que se daba de calabazadas por saber dónde tiran el dinero esos de quienes se dice que lo tiran, y hacia colección de puntas de cigarro que se fumaba por riguroso orden cronológico. Este pobre hombre, por un sarcasmo de su suerte, puesta de acuerdo con su padrino, se llamaba Narciso Rico.

Lola andaba por esas calles de Dios muy emperegilada y más contenta, porque no se dió caso de que se volviera al hogar doméstico sin que uno ú otro ú otros de los tres enamorados la siguiera, y ella, para que no perdieran el viaje, se asomaba luego á su balcon, cualquiera que fuese su apasionado perseguidor, no por coquetería, sino porque no se pudieran quejar los unos de haber visto en ella deferencias para con otro.

No había, sin embargo, gran equidad en Lola; pues si bien andaba perpleja sobre si debía hacer más caso á Rafael que Antonio, porque la riqueza del uno competía con la hermosura y discrecion del otro, jamás pensó en conceder el favor más pequeño al pobre Rico, cuya figura y escasez le asustaban.

Por un mismo correo recibió un día tres cartas de declaración, una de cada uno de los susodichos, y despues de leerlas todas decidió dar el dulce sí, ¿á quién dirán ustedes? Al desgraciado Narciso, y eso que Rafael se explicaba en estos términos:

«Adorada señorita: Desde... etc. (Sabido es que todas las cartas de declaración comienzan lo mismo.) Estoy loco por Vd. Por el más leve de sus favores daría yo gustoso mis dehesas de la Mancha, mis cortijos de Andalucía y mis preclaros blasones. Suyo, Rafael Claras-aguas.»

Antonio decía:

«Encantadora señorita: Desde... etc. Y al cabo cuando

Vd. haya visto lo inmenso de mi cariño y lo noble de mis sentimientos, y ciertas novelas (que pienso escribir) me den lo suficiente para ofrecer á Vd. las comodidades que Vd. se merece, llegará el dulce momento en que pueda llamarme su esposo. Su rendido admirador, Antonio Sauce.»

¿Qué le diría el bueno de Rico en su carta para ser preferido á los otros dos que tan clara y francamente se explicaban?

Su carta sólo contenía estos dos renglones:

«Señorita: Estoy dispuesto á casarme con Vd. en el momento que Vd. lo disponga. Suyo, Narciso Rico.»

Don Estanislao

AL PIÉ DE ÉLIA.

Con entusiasmo, con fe,
con júbilo singular,
y aun con orgullo, quedé
comprometido á cantar
las proporciones de un pié.

Mas apenas fué preciso
empezar, mudé de aviso,
contemplé mi error patente,
y ví que, efectivamente,
estaba en un compromiso.

¿Qué decir sobre ese punto?
Grave, torvo y cejijunto,
agarro y suelto la pluma.
No puedo escribir. Me abruma
la pequeñez del asunto.

No es que lo desdese, no,
que capaz no fuera yo
de tan grave contumelia;

EN LA CALLE — POR LUQUE.



—¿A dónde va tanta gente
en forma de procesion?
—¿Acompaña reverente
á don Pedro Calderon,
que muda de panteon,
pero es... interinamente?

¡ANCÓRA! — POR LUQUE.



Pues nada; yo no me aburro:
ella al fin se cansará.
Esta es la calle del Burro.
Aquí vive su papá.

que es un muchacho elegante,
ya que le va á usted cargando,
y juzga una tontería,
pase con él todo el día
haciendo guifios y hablando,
cosa que cualquiera haría,
¿por qué, en lugar de enseñarme
y hacerme ser mas prudente,
se empeña usted en regañarme,
y, á los ojos de la gente,
quiere desacreditarme?

Al ver su garbo y su facha,
¿quién imaginar pudiera
que, no siendo un calavera,
faltase usted á una muchacha
buena, bonita y soltera?

Si usted me hubiese buscado
y hecho ciertas reflexiones,
tal vez le hubiese escuchado,
y, á piedra y lodo, cerrado
mis ventanas y balcones.

Y ¿quién sabe si al reflarme
y hablarme de lo del Real,
y probar que obraba mal,
me hubiera hecho decidirme
á... quererle á usted, Vital?

A usted no le falta gracia:
y sí, al fin, he de dar mico
á ese desgraciado chico
que ha tenido la desgracia
de ser tonto y de ser... rico.

Como usted es tan amigo
de aquel que en mi amor se abraza,
y, entre amigos, todo pasa,
al decir... ¡me voy contigo!
todo se quedaba en casa.

Pero ha sido un imprudente
que, olvidando que es decente,
ha hecho un pan como una torta,

pero eso no es un pié, Elia,
ni Cristo que lo fundó.

Aunque de los más pucetos,
al hallarme sin los datos
que la comision exige,
«Enséñeme usted (le dije)
por lo ménos, los zapatos.»

Y usted, no bien lo hubo oído,
me hizo la inmensa merced,
que nunca daré al olvido,
de alzarse un poco el vestido,
y decirme: «Mire usted.»

Yo, con la razon turbada,
por ventura tan colmada,
acerqueme, obedeci
y miré... pero no vi
absolutamente nada.

Y aun hoy, falto de sosiego,
á explicarme bien no llego
(pues todo fuera posible)
si es que ese pié es invisible,
ó que yo me quedé ciego.

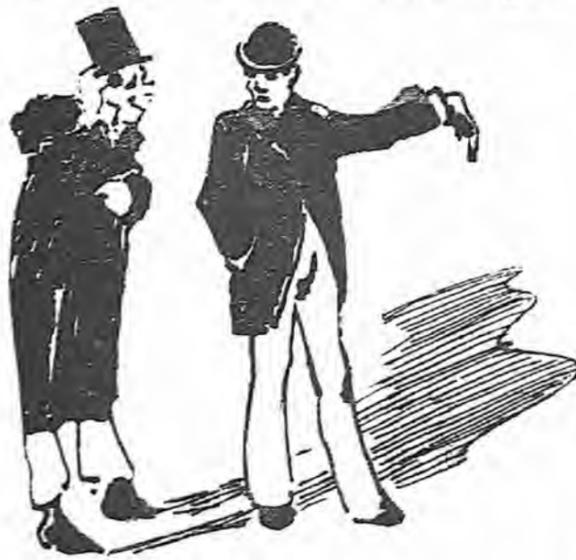
Carlos Coello

Á MI VECINO. (1)

Ya que juzga usted irritante
que estando mi amante ausente,
me muestre yo tan galante
con el capitán de enfrente.

(1) Contestacion á una composicion titulada "A mi vecino," publicada en el núm. 14 del MADRID CÓMICO.

APÚNTESE V. SIETE — POR LUQUE.



—¿Qué dice usted?

—¿Que fué aquí?

—Aquí, dónde la encontré!

—¿A quién?

—¿A su hija de usted!

—¿Y qué me cuenta usted á mí
si yo nunca me casé?

al enterar á la gente
de lo que á nadie le importó:
Y al llevarle su despacho
más allá de lo debido,
á mí me ha comprometido,
y.... no sabe lo que me hecho,
ni en qué lío se ha metido.
Su amigo está muy quemado:
echa lumbre el capitán,
y entre los dos han comprado,
por dos duros, á un chararrán,
que le va ha dejar baldado.
Y aunque usted ha merecido
que se le deje tullido,
por faltar á una señora,
le encargo aude prevenido
si se retica á deshora.
Con avisarle he cumplido
cual mujer de corazón.
.....
Cómprese usted un buen bastón.
y.... mireme usted á mí
cuando se asome al balcón.

POR LA COPIA,

Alfredo de Mayarredón

LA CENSURA DE TEATROS.

Yo, el humilde sainetero, es decir, el último de los que escriben para el teatro, tengo el honor de dirigir mi voz, envuelta en esta mala prosa, al Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación.

Sr. D. Francisco: Allá por los años de cuarenta á cuarenta y dos, cuando Vd. y yo lactábamos (con lo cual doy á entender que somos, poco más ó ménos, de la misma edad), estaba encargado de la prévia censura teatral un oficial del gobierno político. Su misión era examinar las obras y ver si contenían ataques á la moral ó á las instituciones del Estado, pero sin mezclarse para nada en el valor literario de la obra. ¡Bonito hubiera estado!

Gobiernos posteriores creyeron, y creyeron muy bien, que la censura no debía ejercerse por manos iliteratas, y se nombró un censor, con su sueldo correspondiente, cargo que desempeñó despues muchos años el ilustre Ferrer del Rio. Pero otros Gobiernos posteriores á aquellos, creyeron que la censura no debía estar en manos legas ni abonadas, sino en manos de los abonados al teatro y del público en general, ¡monstruo de mil cabezas! que como dijo el malogrado Picon:

Enalteces ó sepultas
Con tu fallo en una noche
Lo que se ha pensado en muchas.

Y la censura desapareció por completo.

Hoy, Sr. D. Francisco, la tenemos, por fortuna nuestra, en manos de los distinguidos poetas D. Juan José Herranz y D. José Campo Arana, oficiales del ministerio de la Gobernación. Pero, Sr. D. Francisco: ¿van á encanecer estos señores en el negociado que hoy tienen á su cargo? ¿No es natural que asciendan algun día, ó les convenga pasar á otros destinos? ¿Va á haber siempre autores dramáticos en Gobernación que se encarguen de la censura de teatros?

Pueda llegar un día en que un honrado, probo y laborioso empleado administrativo, decrete la prohibición de una comedia ó de alguno de sus personajes, imitando al oficial del Gobierno político que prohibió la representación del drama de mi difunto padre, *D. Fernando el de Antequera*, fundándose en que se ponía en ridiculo la religion sacando á la escena á Fray Vicente Ferrer, santo que se veneraba en los altares.

Ya vé Vd., Sr. D. Francisco, á lo que estamos expuestos. Justamente, hace pocos días, me leyó un amigo un apropósito de gran espectáculo, que destina á uno de los principales teatros de Madrid, y que lleva por título *La Voladura de San Telmo*. Si el susodicho oficial fuera hoy censor, sin molestarse en leer la obra, y deduciendo del título el argumento, pondría al pié del ejemplar manuscrito:

«Examinada esta comedia, no debe autorizarse su representación por ser el asunto de la misma *el acto de volar á las alturas celestiales el glorioso San Telmo.*»

.....
.....
Un alto empleado, señor de muchas campanillas, me dijo una noche saliendo del teatro de Variedades, donde se habia representado *El sí de las niñas*:

—Amigo Vega, ésta es indudablemente la mejor comedia de su padre de Vd.

—Gracias, le respondí, y me marché á escape.

¡Ay, Sr. D. Francisco! Si no me constara que Vd. no es ageno á las bellas letras, no le molestaria tanto. Pero protestando ante todo de mi respeto á las leyes, me atrevo á formular aquí ésta, que no pasa de ser una opinion mia.

Si no se quiere que haya censura prévia, hágase responsable al empresario de las alusiones personales, políticas y religiosas que contenga la obra, con una multa equivalente á la mitad de los ingresos en taquilla, y la prohibición de representar la obra.

Si, por el contrario, se quiere que la censura exista, ¿no estaria bien que tres académicos de la Española elegidos anualmente se encargaran de censurar, toda vez que la real Academia Española depende del Estado, y ella informa sobre adquisición de libros para bibliotecas populares y otros centros de instruccion?

¡Oh qué bien estaríamos entónces!

.....
.....
Ahora Vd., Sr. D. Francisco, debe poner á mi carta este decreto marginal:

«El Sr. Vega escribirá sainetes, si sabe, y no se meterá á legislador.»

Y tendrá Vd. muchísima razon.

Picardo de la Vega

PEPITO GORRON.

Tengo la honra,
lectores míos,
de presentarles
á don Pepito,
pollo muy guapo,
muy distinguido,
rubio, ¡muy rubio!
fino, ¡muy fino!
de ustedes todos
muy conocido.
Mas, por si alguno
tiene el capricho
de conocerle,
si no le ha visto,
ahí vá el retrato
moral y físico
del mas gorrino
de los nacidos.

—
Tiene veinte años,
ó veinticinco,
ó treinta... en esto
no estoy muy fijo.
Viste muy pulcro,
siempre muy limpio,
usa quevedos,
lleva junquillo,
y los bigotes
muy retorcidos.

Rizase el pelo
con papellito,
y al descubrirse
muestra unos rizos,
que así le sientan
al pobre chico,
como un revolver
á un Santo Cristo.
Tiene seis trajes,
todos debidos
á la tijera
de Morenito.
(Moreno, el sastre,
quise decirlo,
mas la asonancia
y el ser chiquito
me obligan á este
diminutivo.)
Pero, volviendo
á don Pepito,
es lo notable,
que sin ser rico,
y sin que tenga
ningun destino,
vive á lo grande
paga á lo chico,
se habla con todo
lo más florido;
monta á caballo,

junga al tresillo,
manejo el sable
que es un prodigio!
y habla de modas
como un modisto.
Vive de huéspedes
en un cuartito
alto y oscuro,
sueño y mezuquino.
No come en casa
con los pupilos,
pues como tiene
tantos amigos,
sigue un sistema
muy lucrativo.
Sabe á qué hora
come el ministro
y á qué hora almueza
don Fulanito.
Va á visitarles
siempre exactísimo
y ellos, ¡es claro!
dicen:— "Pepito,
llega usted á tiempo,
coma conmigo;
y él, ¡claro! acepta
por compromiso.
Con los teatros
hace lo mismo,
no pierde estreno
ni beneficio.
Entra de balde,
(no sé el motivo:
cosas son estas
que no me explico)
vé las funciones
en varios sitios:
ya en la platea
de las de Pino;
luego en el palco
de Zarandillo,
ó en la butaca
de un conocido,
y ha habido noche
— todos lo han visto.—
¡que estuvo en nueve
palcos distintos!
Muchos le tienen
de dominguillo,
le dan algunos
su merecido;
oye indirectas,
pero él, tranquilo

tómalo á broma
como un bendito,
y cuando sale
dice el muy pillito.
— "¿A mí con esas?
¡Qué pobrecitos!
Vuestros insultos
¡oy al olvido,
porque esas queiebras
tiene el oficio.
Viva yo siempre
como he vivido,
que lo que digan
me importa un pito.
Ya son las doce.
Voy al Casino,
mas no, que hoy tienen,
segun me han dicho,
gran baile y cena
las de Tomillo.
¡Vamos, andando!
¿Seré yo listo?
Hoy ceno *al pelo*,
y hago *mi avío*!
Ya preparadas
llevo conmigo
diez papeletas,
—yo las he escrito!—
para una rifa
de un chal magnífico
de una señora,
viuda de un título
que vino á menos
por ciertos *lios*.
Diré que tiene
catorce hijos,
que hace tres días
que no han comido,
y como hay pechos
caritativos,
las vendo todas.
¡vaya! ¡de hijo!
Son á diez reales,
no me he excedido.
Diez por diez, ciento.
¡Cien reales! ¡Digo!
¡Estos negocios
son muy bonitos!"—
.....
Este, lectores,
este es el tipo!
¡Dios libre á ustedes
de don Pepito!

Vital Aza

CHISMES Y CUENTOS.

Sentimos de todo corazón, el percance sufrido por nuestro apreciable colega *El Liberal*.

Ojalá que en el recurso de casación, Dios mejore sus horas.

—Papa! ¡Papa! ¡Papa!

—¿Qué queréis, condenadas?

—Que nos compres otros sombreros, porque estos no son de martes.

—Pero, ¿qué? ¡Hay ahora sombreros para cada uno de los días de la semana?

—No! Pero hoy es martes y es día de moda en el circo de Ericé; ya ves, cómo nos presentamos con estos capazos?

—Esperad; ahora voy á traer os unas cuantas espuetas.

—¿Han oído Vds. á la Srta. Tormo?

—Sí.

—Pues, no les digo á Vds. nada. Pero si no la han oído, háganme el favor de leer continuamente todos los periódicos que se publican en Madrid, y en cuanto sepan Vds. que toca el arpa en cualquier teatro, vayan ustedes y me darán las gracias.

Literatura del periódico *Cuatro Sacristanes*.

Cánovas hace que *callen*
los que quieren armar *chico*.
Y es más áspero que un *risco*
cuando defiende á *Elduayen*,
que es su tocayo..... en lo *chico*.

Señores sacristanes: ustedes confunden la *LL* con la *Y* griega, y riman ustedes *callen* con *Elduayen*.

¡Y vá una!

Señores sacristanes: ustedes deben ser andaluces cuando riman *bisco* con *risco*, es decir, pronuncian ustedes la *Z* como si fuera una *S*.

¡Y vá dos!

Señores sacristanes: ustedes escriben *bisco* con *V* y debe escribirse con *B*.

¡Y vá tres!

¡Señores sacristanes! ¡A la escuela!!!

SUSPIROS, DIGO, BOSTEZOS.

Si tus ojos me besan,
digo, me miran,
me matan de tristeza,
digo, de risa,
porque su fuego
llena el alma de brasas,
digo, de hielo.

Tus labios coralinos,
digo, violados,
parecen ruiseñores,
digo, petardos;
si los escucho
cuando piden, me encantan,
digo, me asusto.

Tanto á tu lado gozo

digo, me hastío,
que sin tí no sosiego,
digo, contigo;
y es mi zozobra
porque tu amor me falta,
digo, me sobra.

Pues tus gracias, mi pecho,
digo, mi bolsa,
han dejado sin vida,
digo, sin mota;
calma mi daño
dándome tus amores,
digo, mis cuartos.

ROUTE VERGER.

Barcelona.

MINIATURA.

Cuando el oro derrochaba
todo el mundo me quería,
mi talento celebraba,
y cualquier cosa gustaba,
como fuera cosa mía.

Así, los años pasando
y amistades adquiriendo,
fui mis caudales gastando,
la gente... siempre aplaudiendo,
y mi bolsillo... pagando.

Pero cuando macilento
sin un céntimo me vi,
en vano lancé un lamento...
¡Nadie aplaudió mi talento!...
¡Nadie se acordó de mí!...

Barcelona.

ENRIQUE FRANCO.

En el teatro de la Comedia:

Un espectador aplaudía furiosamente, al terminar el segundo acto de Mr. Alfonse.

—¿A qué aplaudes de ese modo, le dijo un amigo suyo, si apuesto doble contra sencillo á que no has entendido una palabra de cuanto has oído?

—También tienes razon, respondió el interpelado, dejando de repente de aplaudir, pero qué quietes, porque no digan que no entendemos la lengua de Schiller.—*Histórico*.

—¿Qué poco duran aquí las cosas! me decía la otra tarde un amigo.—Hace un mes, tanta bulla para inaugurar la estatua de Calderon, y no existe ya.

—¿Qué dices? le pregunté yo.

—Pues qué, no lo sabes? La estatua la han hecho cenizas.

—¿Cómo? ..

—Y esas cenizas encerradas en una urna, han sido depositadas en la iglesia de los Naturales de San Pedro.

¡Es mucho atar de destruir!...

Paró el fúnebre concierto

en la plaza de Santa Ana;

Tirso desde su ventana

Pregunta ¿quien es el muerto?

—Hermano, no estoy muy cierto.

Lope le contesta á fray

Gabriel, pues motivos hay

para que dude, si son

los restos de Calderon

ó el alma de Garibay.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Papanatas.

IDEM Á LA FUGA DE VOCALES.

Papeles son papeles

cartas son cartas;

ya que no me quites penas

no me las vengas á dar.

